

Friedrich Nietzsche

El Origen de la Tragedia

Helenismo y Pesimismo

Introducción y notas de Luis Benítez





Friedrich Nietzsche
El Origen de la Tragedia

Helenismo y Pesimismo

Introducción y notas de Luis Benítez



Colección “*Espiritualidad y pensamiento*”
Dirigida por Enzo Maqueira

es editado por

EDICIONES LEA S.A.

Av. Dorrego 330 C1414CJQ

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: info@edicioneslea.com

Web: www.edicioneslea.com

ISBN 978-987-718-365-8

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como
su almacenamiento electrónico o mecánico.

Todos los derechos reservados.

© 2016 Ediciones Lea S.A.



Friedrich Nietzsche

El Origen
de la Tragedia
Helenismo y Pesimismo

Introducción, edición y notas por Luis Benítez

Introducción

El Origen de la Tragedia. Pesimismo y Helenismo, constituye una de las primeras obras de Friedrich Nietzsche y como tal, prefigura todo el desarrollo posterior de su filosofía.

Cabe acotar que, en su primera versión –publicada en diciembre de 1871 en Leipzig, Alemania, por el editor E. W. Fritzsche– tenía por título *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik*, esto es: “El origen de la tragedia en el espíritu de la música” y abarcaba la “Dedicatoria a Richard Wagner” y las 25 secciones siguientes; en la edición de 1886 se agrega el “Intento de autocritica”, donde Nietzsche hace hincapié en la naturaleza aún no madura e impulsiva de la versión anterior, cambiando el título de la obra por *Die Geburt der Tragödie, Oder: Griechentum und Pessimismus*, o sea: “El Origen de la Tragedia. Helenismo y Pesimismo”, que es la versión aquí presentada.

En líneas generales, el volumen se refiere al nacimiento de la tragedia griega, analizando los principios de la estética que produjeron su surgimiento y asimismo las razones por las que se extinguió. La idea central que recorre esta temprana

obra de Nietzsche es que dos corrientes fundamentales rigen la creación artística; ellas son la denominada dionisiaca y la apolínea. Para el filósofo alemán, ambas líneas estéticas se encuentran en pugna permanente a partir de la victoria del racionalismo impulsado por Eurípides y Sócrates, cuando en la tragedia griega antigua se hallaban en una relación complementaria.

Para los criterios helénicos, Apolo era la representación simbólica de lo luminoso, la armonía, lo normativo, el orden, el equilibrio, la moderación, lo proporcionado y lo racional. En tanto que Dionisos implicaba el símbolo mismo de lo desenfrenado, lo excesivo, lo desproporcionado, la pasión, las energías primigenias, el desorden y lo irracional.

Siempre siguiendo a nuestro autor, el máximo valor de la tragedia griega antigua estibaría justamente en que la representación que hacía de la realidad tomaba en cuenta estas dos fuerzas enfrentadas como actuantes en simultáneo –no podemos menos que recordar los principios de la filosofía china, acerca del Ying y el Yang, comparables respectivamente al Dionisos y el Apolo griegos– como porciones iguales de una misma realidad. Cuando –según Nietzsche– se produce la decadencia paulatina de la concepción clásica en la cultura griega, en un proceso que va desde las obras de Eurípides hasta los postulados platónicos,

atravesando las doctrinas socráticas, es lo apolíneo lo que termina imponiéndose, no como un equilibrio, sin duda, sino como justamente lo opuesto: un desequilibrio ocasionado por la preeminencia de lo racional, lo normativo, que implica la aniquilación de la fuerza creadora primitiva e irracional que tenía a Dionisos como símbolo. Todos los valores que hemos construido en Occidente se basarían entonces en este sojuzgamiento de una de las nombradas fuerzas ante la otra.

Esta temprana concepción de Nietzsche empaparará luego todo el desarrollo de su pensamiento filosófico, complejizándose, pero constituyendo siempre el meollo y el punto de partida de todas sus doctrinas.

La obra

Abordar una obra tan compleja y rica como la filosofía acuñada por el alemán Friedrich Nietzsche implica sumergirnos en un universo conceptual tan vasto como atrayente. Pese a que el sabio se abocó durante toda su atormentada vida a los temas fundamentales de esta disciplina del pensamiento, con un rigor y una valentía ejemplares, no por ello su estilo deja de ser cautivante y dotado de un vigor que el lector, aun el no especializado, sabrá agradecer. Aspectos tan complejos como los abordados

por Nietzsche se revelan bajo su pluma como poseedores de un magnetismo singular, y en muchas ocasiones, el lector se asombrará tanto del rigor empleado por el autor para enfocar los temas, como de la altura –francamente poética en numerosas oportunidades– con que Nietzsche los desglosa. A ello se une –y por esa razón la referencia a la “valentía” ejemplar de la que hizo gala, título tras título– que este autor no dudó jamás en arrostrar las críticas más ácidas y hasta el vituperio más encendido con los que sectores de sus colegas respondieron, en su momento, a sus formulaciones filosóficas. Es que la era en que Nietzsche vivió, convulsionada tanto en lo político como en lo social, lo cultural y lo económico, fue una era de crisis, palabra que en griego significa cambio; como bien sabemos, todo cambio implica sacrificios y padecimientos, sin que se tenga la seguridad absoluta de que el resultado de esa crisis, de esos cambios, sea mejor que aquello que se deja atrás.

Nietzsche fue, desde luego, uno de los grandes impulsores de dichos cambios, a sabiendas de que podía pagar un alto precio por aquella actitud. Indomable, vigoroso y profundo, tres definiciones posibles y conjugadas de su genio filosófico, el hombre que gestó esta obra nunca retrocedió, jamás dudó, ni cuando los prejuicios propios de su tiempo se alzaron contra él ni cuando la propia fragilidad de su salud se hizo sentir. Nietzsche era absolutamente consciente de la

importancia de lo que revelaba y si el precio fue alto, la recompensa intelectual por arrostrar aquellos riesgos también lo fue.

Para entender el aporte de su obra, debemos hacer un poco de historia, historia del pensamiento humano.

Se mencionó y repitió antes, con toda razón, que los mayores pensadores del siglo XIX fueron quienes establecieron la imagen de la realidad que tendría la humanidad del siglo XX.

Fueron esas altas personalidades las que completaron la labor iniciada, centurias antes, particularmente por Nicolás Copérnico (aunque en base a las teorías heliocéntricas de Aristarco de Samos) y Galileo Galilei, quienes nos brindaron una comprensión del universo por completo distinta de la anterior, regida por las creencias religiosas y la tradición. A un universo que giraba en torno de nuestro planeta, la llamada Revolución Científica de los siglos XVI y XVII (sumemos a los científicos ya señalados, los nombres de Johannes Kepler, Tycho Brahe e Isaac Newton) lo reemplazó por uno más acorde a lo real, donde la Tierra –y consecuentemente, el conjunto de nuestra civilización, historia y aun la imagen que tenemos de nosotros mismos– es apenas un elemento más del todo, de mucha mayor complejidad que lo imaginado por los mitos y las creencias anteriores.

Comenzaba así la lenta pero no pausada demolición de cuanto había sido hasta entonces la *imago mundi* –la imagen del mundo– sostenida por la humanidad, regida por un dios todopoderoso y omnisciente, en sus variadas versiones, como garantía de un orden inmutable, no dinámico, estático, acorde con el orden social establecido desde la caída del Imperio Romano, el establecimiento del feudalismo y el advenimiento del cristianismo como religión mayoritaria del Occidente conocido.

Frente a ese orden se alzaron las obras de los que continuaron la transformación de lo establecido, en los diversos matices que tiene una *imago mundi*: la imagen que el hombre tiene de sí mismo, es la fundamental y la primera afectada por toda modificación de tipo religioso, científico, social, económico, cultural. A esta tarea se abocaron autores como Sigmund Freud, Karl Marx, Charles Darwin, por citar solamente las figuras principales; sus continuadores se aplicarían a los detalles.

Con Charles Darwin y su teoría de la evolución, el origen mítico de lo humano voló en pedazos: somos animales superiores, la cumbre de la evolución de las especies (al menos, por ahora), pero nuestro origen se entronca con el mismo que tuvieron los simios. El hombre ha dejado de ser una suerte de nexo entre lo natural y lo sobrenatural, para ser simplemente un grado más de lo primero.

Con Karl Marx se revela una interpretación muy diferente de la religión, la historia, la economía, la filosofía y la relación entre los hombres, criaturas sociales por excelencia. Karl Marx nos habla de un universo social regido por las relaciones de producción, donde las variadas creencias e ideologías son apenas excusas –de mayor o menor efectividad, según la época en que se empleen– para justificar cierto orden y cierto convencimiento masivo de la conveniencia de mantener dicho orden.

Con Sigmund Freud, se revela la naturaleza humana como no dirigida exclusivamente por ese bien tanpreciado desde los orígenes del pensamiento griego, la razón; el hombre resulta ser un animal sometido a sus pulsiones e instintos no desaparecidos, sino tan vigentes como hace cientos de miles de años. A pesar del ligero barniz de la civilización, esa criatura indomable que en el fondo somos todos siempre está lista para ocupar el primer plano a la primera oportunidad y, además, esa naturaleza “salvaje” se pronuncia inclusive detrás de nuestras supuestas decisiones más racionales, por obra y gracia del inconsciente.

Desde luego, estamos resumiendo aquí muy groseramente obras extraordinarias, complejas e imprescindibles para comprender el origen del siglo XX y cómo se ha desarrollado la cultura hasta llegar a nuestros días, pero resulta obvio que solamente describirlas en mayor profundidad requeriría